

—¡Viva el emperador! fué el eco que salió de todos los pechos intervencionistas.

La orquesta tocó la marcha nacional, y el más vivo entusiasmo enardeció los corazones.

La conversación se hizo general, las opiniones se sucedieron, las disputas volvieron á entablarse al saber las condiciones puestas por el archiduque.

—Ya, decía Doña Canuta, ya le tenemos entre nosotros coronado, ya el imperio es cosa resuelta, es necesario una junta de señoras que reciba á S. M. la emperatriz, no porque yo quiera ser dama de honor, sino por la urbanidad, las reglas de buena educación, además que no todas saben de estas ceremonias. ¡Dios mío! ¡cuando presente á mi Luz en la corte, qué caravanas que me harán los chambelanes, yo estoy loca, Efigenia!

—Yo me he repuesto de mi desmayo, amiga mía, el gozo me ha dado la salud, Cantolla estará loco.

—Fajardo no podrá contenerse, va á hacer esta noche mil locuras.

—Como que ya se trata de un gallo.

## VII

—Ya tienen *amo* todos estos señores, dijo Enrique, no pueden disimular su alegría, dentro de tres semanas bailaremos el *minuet* y el *zorcico*, como en la corte de Revillagigedo; ¡qué monstruosidad!

Los regentes se habían retirado y la concurrencia de buen tono.

Quedaba allí esa clase que forma en las últimas filas de la media, entregada á sus costumbres de mal gusto.

—¡Cotillón! ¡cotillón! gritaban entusiastas varios empleadillos.

Ese baile de mal tono en una reunión distinguida, decidió sobre aquella concurrencia, que volvía la tertulia una reunión de mucha *confianza*.

—Esto es abominable, exclamó Enrique, ya ni en los bailes de último orden se permiten estas pantomimas del *cotillón*. Esta gente no sabe lo que se pesca, se han olvidado que bailan en los palacios de la Regencia.

—S. A. I. y R. tendrá que contentarse con esta gente en sus fiestas imperiales.

—No importa, las Tullerías en una de sarao parecen un cuerpo de guardia.

—Los cuarteles dan su contingente para formar la aristocracia del segundo imperio.

—¡Las cinco de la mañana! estas señoras bailan como unos comerciantes en domingo, esto es democratizar las tertulias de la Regencia.

—¡Voto al infierno!

—¿Qué sucede?

—Qué ha de ser, que á los gritos de viva el emperador, me han cambiado mi sobretodo flamante por un monasterio más viejo qué el *cotillón*.

## CAPITULO CUARTO.

## EL ALMA EN PENA.

## I.

Nueve años hacía que un miserable anciano arrastraba la cadena del galeote, acusado de haber hecho desaparecer á su consorte.

Nueve años son la vida y la juventud de un hombre.

El pueblo de Ario había presenciado el juicio de Antonio Martínez, y sin tener nada que alegar en su favor, protestaba contra la sentencia de los tribunales.

El tiempo había venido á connaturalizar al pueblo con el espectáculo del presidiario, y á este con su cadena y trabajos de su situación.

No obstante, aquel hombre esperaba algo, y su resignación era un aplazamiento al gran día de la justicia.

La firmeza de carácter del anciano, llegaba á una altura inconcebible.

Se había propuesto no ver á su hija mientras arrastrara la cadena del presidio, y la pobre niña estaba condenada á la privación de las caricias paternas, y á ver al desgraciado autor de sus días, tras las rejas de su ventana, cuando pasaba á la sacada de piedra ó á componer los caminos públicos.

Pablo, el hijo mayor, había desaparecido en el tumultuoso de la revolución; el hijo se había olvidado del padre, y el hermano de la hermana.

Tres seres envueltos en la noche del infortunio.



Una mañana el cabo de presos echó de menos al reo Antonio Martínez.

—¿Qué se ha hecho el compañero? preguntó á un presidiario.

—Nada, anoche le subió la sangre, llamamos al alcaide y dijo que el reglamento prohibía abrir el calabozo á deshora; así es que Martínez murió á la madrugada sin auxilio alguno.

El alcaide tenía razón; el reglamento es una ley y cartucheras al cañón.

## II.

Al caer la tarde del 9 de Diciembre de 865, una fuerza republicana entraba en Ario, después de haber hecho huir á la pequeña guarnición imperialista.

Las autoridades se habían ocultado, y todas las casas estaban cerradas.

Las campanas que tocaban á rebato, entraron en muda.

Luego que la población supo que el General Pueblita era el jefe de la fuerza, la ciudad se reanimó como por encanto, se encendieron y las campanas repicaron, anunciando que el soldado de la revolución de Ayutla, el querido soldado michoacano, era el huésped de la población de Ario.

Todos los amigos ocurrieron al alojamiento del general, todos lo abrazaban, los viejos lloraban de gusto y de emoción, y los jóvenes se declaraban sus ayudantes, sus soldados, sus guerrilleros.

Pueblita era el hombre de la popularidad en Michoacán, en ese suelo encantado donde Dios ha puesto el paraíso de América.

Pueblita era hijo del pueblo, su elevación se la debía á sus patrióticas acciones, no se había soberbecido, lo que acrecentaba su popularidad, era republicano de corazón.

Indomable en los principios que el buen sentido le sugería, aleccionado por Ocampo, á quien había escuchado como á un sacerdote de la democracia, sus armas sirvieron en defensa del progreso y de la libertad, y combatían entonces contra la invasión francesa.

La catástrofe de Puebla y México, la muerte de su querido general Llave, lo habían hasta cierto punto desmoralizado.

Su alma siempre serena como un astro, cedía á la influencia general y comenzaba á perder la fe, aunque en sus labios no apareciese nunca una sola palabra que revelase la tempestad de su alma.

¡Pobre general! al poco tiempo cayó en una emboscada, y fué muerto por el sable de los cazadores de Africa.

## III.

El capitán Martínez lo acompañaba, porque Pablo era hijo, como él decía, "de la mala vida," nuestro amigo se conserva tan alegre y entusiasta como el primer día.

Ignoraba si estaba aún su padre en aquella población, y de todas maneras se había propuesto ponerle en libertad y vengarse de los que interceptaban sus cartas.

—Yo les tocaré, decía el guerrillero, la música del *maestro Alejandro*.

Pablo no se había separado del teniente Quiñones, que era más que un hermano para el guerrillero.

Después que alojó á la tropa, se dirigió á la autoridad constitucional y pidió alojamiento para él y su compañero.

—No queda ya, dijo el alcalde, sinó la casa de los *Duendes* que está á extramuros del pueblo.

—¿Qué duendes son esos? preguntó Martínez.

—Hace tiempo que el señor capitán falta de su país; á no ser así, ya hubiera llegado á sus noticias la historia de esos duendes y aparecidos que traen revuelta á la población, y que nadie se atreve á afrontar.

—Yo afronto hasta al demonio, ¡cuernos de Lucifer! dame boleta.

—Para los duendes no se necesita; pero yo le aconsejo al señor capitán que no se exponga á ser *espantado*.

—Preocupaciones, dijo Martínez á su compañero que se reía maliciosamente de los escrúpulos del alcalde.

—Seguí la calle recta, tomad á la izquierda, y desde allí se ve el edificio que se llama el *Castillo* de los *Duendes*, y el pobre alcalde se santiguó tres veces.

—Compañero, esta noche cenaremos con los duendes, veremos qué tal guisan las *duendas*.

## IV.

Los dos amigos se echaron calle adelante, y á los diez minutos estaban reconociendo la casa de los fantasmas.

El capitán ordenó á Quiñones que permaneciera en la puerta mientras él registraba los aposentos.



En vano Quiñones trató de persuadirlo á que se dejase acompañar.

El capitán registró su revolver, movió su espada para asegurarse que no le faltaría en un lance y prendiendo una tea, se encaminó pistola en mano al interior del castillo de los duendes.

El edificio era un mesón abandonado.

El patio era inmenso, algunos pilares amenazaban ruina, y en todo el techo de los corredores anidaban los murciélagos que comenzaron á revolotear en derredor de la tea.

—¡Ea! ¡gritaba el capitán, no me maten la luz, avechuelos del infierno! y agitaba la antorcha para evitar que la apagase el aleteo de los muchuelos.

Estos duendes no parecen, si se habrán transformado en murciélagos, ¡demonio! es ocurrencia de muy mal gusto,

Atravesó los pasadizos desenladrillados y se internó en los aposentos.

Todo estaba desierto.

En uno de los cuartos había un banco de cama y una mesa todo cubierto de polvo.

—¡Magnífico! exclamó, la mesa para mí, la cama para Quiñones.

El viento silba con furor entre los bastidores de las puertas hechas pedazos.

—Pues señor, los fantasmas han desaparecido: como no me inquieten esta noche yo los dejaré tranquilos; parece que estos duendes no se atreven á los revólveres; seis tiros son más que respetables.

Volvió á bajar las escaleras apartando la yerba que había crecido en todos los tramos, así como en los patios de la finca abandonada.

## V.

—Ya estaba inquieto, mi capitán, dijo Quiñones, yo he tenido que emprender una lucha con los murciélagos.

—Era una guerrilla de la fuerza que me atacó en los corredores. Tenemos un alojamiento de príncipe, una mesa y una cama, ni Maximiliano pasa una noche más cómoda.

—Mirad cómo nos acechan los vecinos, seguramente nos juzgan aparecidos.

—Vamos á cenar y luego volveremos á dormir el sueño del justo, á menos que se les antoje á los franceses darnos un albazo.

Los dos amigos se dirigieron á la fonda del pueblo, cena-

ron como dos arzobispos, y tomaron una dosis suficiente para resistir á cuantos fastasmas les diese la gana de asaltarlos.

—Compañero, yo debo tener familia en este pueblo; hace algunos meses que supe que mi hermana se había trasladado á la población; mañana temprano indagaremos. La suerte de mi padre me inquieta, yo soy un ingrato, con la revolución he olvidado todo, le he enviado dinero á mi hermana y nunca he tenido contestación, la oportunidad no ha de desperdiciarse, yo dejo todo arreglado, y desato para de una vez este maldito enredo que me trae inquieto hace tantos años.

—El general quiere á usted mucho, mi capitán, y haré cuanto usted le diga.

—Compañero, fuera de este maldito asunto, ya nada me detiene, entonces no me volverán á ver de mal humor, yo sé pelear riéndome, teniente Quiñones, la muerte es mi amiga.

## VI.

Regresaron los dos guerrilleros á su casa alojamiento con grande asombro de las viejas y vecinos medrosos del pueblo, que los veían como almas tentadas por los espíritus malignos.

La noche había cerrado oscura y lluviosa, y comenzaba á azotar una tempestad de invierno.

El capitán comenzó á recordar sus años de la niñez deslizados en la tranquilidad del hogar paterno, las caricias de su infortunada madre y las gracias dulcísimas de su hermana, de aquella criatura angelical á quien no había vuelto á ver hacía nueve años.

Quiñones se durmió tranquilamente, mientras el capitán había entrado en ese vago sopor que precede al sueño, en que comienzan á aparecer tomando forma las imágenes, y se percibe el acento de su voz, para entrar en las regiones de lo infinito y de lo irrealizable.

Estaba envuelto en la nube de sus pensamientos, cuando un ruido de cadena se dejó oír en la pieza inmediata.

Sentóse el capitán violentamente y amartilló su revólver.

Esperó un momento.

El ruido se oyó más cerca.

El capitán se estremeció; involuntariamente se llevó la mano al corazón y procuró serenarse.

Quiñones dormía profundamente.

El capitán no quiso despertarle porque no lo tomase por terror, así es que esperó decidido á los fantasmas, resuelto hasta el último trance.



## VII.

Un golpe de viento mató la luz del mechero, y todo quedó envuelto en una tiniebla espantosa.

El ruido se acercaba más y más.

La puerta giró sobre sus goznes, y se percibió claramente el paso de una persona que entraba en el aposento.

El capitán estaba seguro de no soñar, iba á disparar, cuando recordó que Quiñones podía haberse movido y podría matarlo tirando al caso.

Una mano fría y trémula se posó en el hombro del guerrillero.

El capitán se estremeció aterrorizado, quiso disparar la pistola, pero el fantasma le asió con la otra mano con una crispación terrible.

Quiso gritar el guerrillero, pero su lengua no tuvo acción, estaba paralizada.

—No hagas movimiento alguno, dijo con voz lúgubre el fantasma, porque eres muerto tú y ese desgraciado que te acompaña.

Bien, dijo el capitán ¿que me quieres? tú no eres una persona del otro mundo, algo te arrastra hacia mí cuando sabes que yo no puedo inquietarte, porque sólo esta noche dormiré en este edificio.

El fantasma permaneció en silencio.

—¡Habla! gritó el capitán, desesperado y procurando desasirse de las ligaduras que parecían hierro; si eres un asesino estoy á la pared de tu puñal, si nó, dime lo que quieres de mí.

—Matarte.....no, sería mucha sangre; tú debes vivir, pero lejos de aquí.

—¿En qué puede inquietarte mi presencia?

—Pablo Martínez, este sitio es funesto para tí, dijo el fantasma con voz cavernosa.

El teniente Quiñones oía la voz del capitán, y dijo entre dormido y despierto:

—Mi capitán sueña con los duendes.

El capitán perdió la esperanza de que lo auxiliara su compañero.

—Al Saber mi nombre, tú debes conocerme.

—Sí, dijo el fantasma, he seguido tus pasos en la revolución, sólo tu puedes ejercer una venganza.

Esa palabra arrojó una luz en el corazón del guerrillero.

—¡Dios, mío exclamó, mi madre!

—¡Silencio! voy á hacerte una revelación en esta memorable noche.

—Habla, dijo con voz ahogada el capitán.

—Tu madre era hermosa: hubo un hombre que sintió por ella una pasión violenta y la arrebató del fondo de su hogar para encerrarla en un sótano horrible donde ha vivido sepultada durante nueve años.

—¡Conque mi madre vive! exclamó el capitán.

—Cuidado con que ese hombre despierte, porque no sabrás una palabra más de este secreto.

—Ya te escucho.

—El infame raptor tuvo un confidente, un cómplice que obedecía ciego sus mandatos....

—Continúa por compasión, dime algo de mi madre.

—Dos gemelos fueron fruto de aquella sacrílega unión, de aquel horrible adulterio.

—Pero mi madre no le amaba.

—No, ella fué violentada; por medio de un engaño se la llevó á una casa donde hasta hoy permanece. El miserable que había arrancado por medio de la fuerza lo que nunca indicó por amor, ha seguido una senda terrible de crímenes. Aquellos dos niños fueron entregados al cómplice para hacerlos desaparecer.

—Pero ese hombre es un infame! exclamó el capitán.

Quiñones hizo un movimiento.

—Silencio, volvió á decir el fantasma. Ese hombre cree que esos niños han muerto, teme que por la huella se descubra su crimen.

—Y no hay justicia en el cielo!

—Sí, sí la hay y terrible: escucha capitán. El cómplice llegó á tener una pasión por la víctima desgraciada, pero fué desubierto, y desde entónces tu infeliz madre arrastra una existencia más dolorosa aún, y el cómplice por temor de subir al cadalso, no se atreve á denunciarle.

—Todo esto es horrible, espantoso!

—Es necesario que salves á tu madre, ya que la providencia te conduce á este sitio después de tantos años, como la mano de un destino vengador.

—Estoy pronto.

—Sígueme.

Levántose el capitán.

El fantasma sacó de entre su mortaja una linterna sorda.





## VIII.

El capitán Martínez seguía al misterioso fantasma lleno de ansiedad: si la linterna se hubiera vuelto hacia Pablo Martínez, se hubiera contemplado aquella fisonomía siniestra, aquella mirada torva, y unos labios trémulos y convulsos por el coraje y la emoción.

Atravesaron los desmantelados corredores, multitud de departamentos derruidos; bajaron por una escalera húmeda y llena de yerba y penetraron en un patio estrecho.

El fantasma se detuvo.

Hemos llegado? preguntó Martínez.

—Sí, dijo el fantasma, amartilla tu pistola.

El capitán amartilló su revólver.

—Toma la linterna!

El capitán la tomó y dirigió el foco de luz al rostro de su misterioso interlocutor.

Nada pudo ver más que una careta negra y dos ojos cenllantes tras del antifáz impenetrable.

—En aquel ángulo, dijo el fantasma, cerca del brocal del pozo, separa la yerba y encontrarás una argolla de hierro: no tires de ella, por el contrario, oprímela con fuerza, y cediendo el resorte te dará paso á una escalera: en el fondo está un aposento, allí es la tumba de tu infeliz madre y allí encontrarás al miserable seductor.

## IX

El audaz guerrillero se dirigió al sitio indicado, separó los matorrales procurando no meter ruido alguno, encontró la argolla y la oprimió con la culata de la pistola.

El resorte levantó pausadamente la losa y el capitán se precipitó con violencia por aquellos escalones, enmedio de la más densa obscuridad.

Reinaba en el aposento un silencio profundo y aterrador.

En el fondo estaba una mujer encadenada; dormía en uno de los rincones. En su faz demacrada se revelaban sus hondos sufrimientos, su cabello comenzaba á encanecerse, su boca entreabierta y sus ojos amortiguados indicaban que dormía profundamente.

En el otro extremo del aposento había una cama y en ella un hombre, que también estaba dominado por el sueño.

Aquello era el asilo del crimen y del infortunio.

Acercóse el guerrillero con la linterna y alumbró al que yacía tendido en el lecho.

—¡El es! exclamó el capitán, el mismo cuya fisonomía no he olvidado un solo instante! ¡Despierta! le dijo sacudiendo aquel cuerpo raquítico.

Despertóse el viejo, quiso poner la mano á una pistola; pero ya era tarde, Martínez lo tenía asido por la garganta.

—¡Perdón! decía acobardado, ¡perdón!

—Entrégame á mi madre, miserable, ó te levanto la tapa de los sesos!

—¡Allí está! allí está! y señaló el oscuro rincón del aposento.

Al ruido despertó la mujer y al incorporarse crugieron las cadenas.

—¡Madre! exclamó el capitán con voz ahogada, y se precipitó en los brazos de aquella infeliz que no podía pronunciar una palabra.

—¡Pablo! dijo después de haber derramado un torrente de lágrimas, ¡hijo mío!.....yo me siento morir!

El rudo guerrillero lloraba como un niño.

Se arrodilló delante de su madre y le abrazó las rodillas.

—Perdóname, le decía; yo no soy buen hijo, te he dejado en manos de ese hombre en una agonía prolongada ¡perdóname!

—¿Y mi hija? preguntó la desgraciada.

—Vive; pero no sé de ella, madre.

—¡Quítame por compasión estas cadenas!

—¡Encadenada, Dios mío! ¡y ese hombre vive!

El viejo subió violentamente por la escalera, tocó el resorte, pero la losa no se levantó.

—¡Alguien está arriba, dijo con desesperación, estoy perdido.

El guerrillero desató las ligaduras y tomando del brazo á su pobre madre, dió una señal y la losa se levantó.

—Salga usted, le dijo á la anciana, y tú, le dijo al fantasma, llámame al teniente Quiñones y ven con él.

La vieja, acompañada del fantasma, se dirigió á una sala donde había algunas sillas empolvadas, y allí se sentó á esperar al capitán Martínez.

## X

Quiñones dormía profundamente cuando la mano del fantasma lo despertó.



— ¡Dios mío, los duendes! exclamó el teniente y se sintió desfallecer.

— ¡Sígueme!

Quiñones, movido por una fuerza irresistible; siguió temblando al fantasma, hasta llegar al aposento donde lo esperaba el guerrillero.

Martínez se paseaba tranquilo por la estancia. El viejo temblaba como un azogado.

El fantasma, Quiñones y el capitán tomaron asiento junto á una mesa.

El fantasma encendió una bujía, cuya luz siniestra alumbraba aquellos cuatro personajes de una manera fatídica.

¡Algo terrible iba á pasar allí!

— Andrés Velarde, dijo con acento sombrío el guerrillero, has arrebatado á una mujer de su hogar por medio del engaño.

— Es cierto, contestó con voz apagada el anciano.

— Al crimen de raptó has añadido el crimen horrible de acusar á un inocente de asesinato.

— ¡Compasión!

— Hay un hombre que ha arrastrado durante nueve años la cadena del presidario.

— Sí, es verdad; pero me arrepiento.

— La honra y la vida se han consumido en las prisiones.

— ¡Compadecedme!

— ¿Qué has hecho del fruto sacrilego de tu unión reprobada?

— ¡Soy un criminal!

— ¡Te has manchado con la sangre de tus hijos, con tu propia sangre.

El viejo cayó de rodillas.

— Vas á morir, como nadie ha muerto hasta ahora.

— ¡Piedad! ¡piedad! yo me arrepiento.

Quiñones se creía presa de una pesadilla.

El fantasma permanecía mudo y silencioso como la imagen de la fatalidad.

— No, prosiguió el guerrillero, para tí no hay expiación posible en la tierra. Dios no vendrá á buscarte en el asilo del crimen y de la miseria.

El viejo estaba aterrado.

— ¿Qué se ha hecho de tu cómplice?

— No lo he vuelto á ver.

— Ha muerto ayer á puñaladas por orden tuya, dijo el fantasma.

— ¡Es verdad!.....es verdad! el cielo se conjura contra mí! Yo sé que debo morir; pero quiero arrepentirme, ¡quiero un sacerdote!..... Pablo, continuó, tú no derramarás la sangre de este viejo infeliz, no te mancharás con un crimen, tú que

sabes pelear en el campo de batalla y nunca has asesinado á nadie!

— No, nunca he asesinado á nadie, es verdad, ni tu sangre manchará mis manos.

— Ha llegado á tus puertas la justicia de Dios.

## XI

Mientras pasaba esta escena, un hombre había llamado al cura del pueblo pidiendo un sacerdote para una confesión.

El cura había seguido al individuo que lo solicitaba, pero al verlo dirigirse á la casa de los Duendes, se había sobrecogido de espanto.

— Seguidme, le dijo el hombre, y le puso al pecho una pistola.

El desgraciado sacerdote, fué más bien arrastrado á aquella misteriosa casa, que por su voluntad, sin comprender que iba á asistir á un drama terrible.

## XII.

— Dios es justo, continuó el guerrillero, y te castiga. La justicia divina quiere que el mundo no conozca estos crímenes ni estos castigos.....

Morirás en el silencio de este subterráneo, entregado á la desesperación ó al arrepentimiento..... Sí, Andrés Velarde, ya estás dentro de la tumba, de aquí á la eternidad hay un solo paso.

— ¡Sepultado en vida! ¡exclamó el desgraciado, esto es horroroso! no, tú no serás tan cruel..... entrégame á mis jueces, quiero subir al cadalso....., tú no sabes que morir en las tinieblas es entrar al sepulcro con las palpitaciones de la vida..... prefiero morir en tus manos, mátame, por compasión!

— No, tú debes apurar una á una las gotas amargas del sufrimiento..... derramar lágrima por lágrima, todo el llanto de tu existencia en medio de la memoria sangrienta de tus hijos asesinados.

— ¡Pero este hombre es el demonio!

— El guerrillero hizo una seña de inteligencia al fantasma, éste tocó el resorte y la losa se abrió.



El sacerdote descendió por la escalera y se encontró frente á aquel cuadro sombrío.

—No temáis, padre, dijo el guerrillero; confesad á ese hombre que vá á morir.

Martínez, Quiñones y el fantasma los dejaron solos.

Quiñones no se atrevía á pronunciar una palabra.

El fantasma no pronunciaba una sola sílaba, sólo se oía la agitación angustiada de su pecho.

## XIII.

Pasó media hora, cuando los tres personajes vieron salir al sacerdote, que con la cabeza inclinada atravesaba los corredores murmurando con voz entrecortada: "¡El dedo de Dios! ¡La justicia divina!"

El guerrillero y el fantasma rompieron el muelle de la losa, mientras el desgraciado Velarde clamaba misericordia.

Volvieron á adaptar perfectamente la cerradura y quedó como la piedra de una tumba.

Arrojaron yerba y algunos trozos de ruinas, y se alejaron para siempre de aquel siniestro lugar.

El fantasma había desaparecido.

## XIV.

El día comenzaba á clarear, cuando el capitán, su anciana madre y Quiñones llegaban á una casita de las orillas del pueblo.

—Aquí es, dijo el capitán, y llamó fuertemente á la puerta.

Un muchachito indígena salió á ver qué se ofrecía.

—¿La niña Guadalupe? preguntó el guerrillero.

—Va á salir á la iglesia, respondió el criado.

La campana daba el toque del alba.

—Entremos, dijo Martínez, y penetró con la anciana en el aposento de la joven, que dió un grito de sorpresa.

—¿Qué quieren ustedes? preguntó asustada.

—¡Guadalupe, hermana mía!

—¡Pablo! exclamó la joven arrojándose al cuello del capitán, y comenzó á llorar lastimosamente.

—Tú sabes, dijo, que hace tiempo hemos perdido á nuestro padre.

—¡Rayo de Dios! gritó el guerrillero, la felicidad huye á grandes pasos delante de mí.

—Yo quedo sola en el mundo, enteramente sola; porque tú has olvidado á tu infeliz hermana.

El capitán no la oía; con la frente torva, los ojos anegados en llanto, tributaba una ofrenda dolorosa á su anciano padre muerto en el presidio.

La madre del guerrillero se había desmayado á la vista de su hija.

—¿Mira, le dijo el capitán, no conoces á esa infeliz que yace desmayada en el suelo?

—¡Dios mío! sí.....es ella!.....yo no la he olvidado un sólo instante, ¡madre! ¡madre del alma! y se precipitó sobre aquel cuerpo aletargado, y cubrió de besos aquella frente donde se veían las marcas indelebles del sufrimiento.

Quiñones se salió á la calle, no queriendo presenciar más una escena que lo conmovía profundamente.

El capitán y la joven llevaron á un lecho á la pobre mujer, que no pudiendo resistir tanta conmoción, había perdido el sentido.

## XV.

El capitán Martínez se dirigió al alojamiento del general Pueblita, habló con él una hora larga y salió para concertar su viaje con el teniente Quiñones, su amigo inseparable.

—No somos conocidos de los franceses, decía el capitán, y podemos pasar por comerciantes.

—A menos que alguien nos ponga la vista, y conociéndonos, váyamos á la Corte Marcial.

—Si tiene usted temor, yo iré solo.

—Capitán Martínez, yo no tolero estas palabras, usted me ha visto batir cien ocasiones, y.....

—Vamos, no sea usted loco, he hablado sin reflexionar.

—Yo no tengo más miedo que el de ver á usted en manos de los *gabachos*, sin haber peleado antes, ¡demonio! caer prisionero sin combatir, sería una suerte endiablada.

—No hay que pensar más en ello. Saldremos dentro de dos horas.

—¿Y qué rumbo llevamos?

—El de la Tierra Caliente. Tengo una tía en Cuernavaca, donde pienso llevar á mi madre y á mi hermana durante esta maldita guerra que no sabemos cuánto durará. Así podremos pelear libremente.



—Capitán, es necesario pelear para olvidar lo que ha pasado de anoche acá.

Sí, es horrible, respondió el capitán tristemente.

--¡Diablo! y pensar que mi hermana está más linda que un sol y hay tanto majadero!

—Se verá rodeada de peligros, pero no importa: la señorita me parece que no es una plaza que se pueda tomar con facilidad.

—Como se le antoje amar á algún amigo mío no hay remedio; pero si alguien intentase á su honor, ya tendría que habérselas muy serias conmigo.

--Ya lo creo, y conmigo, que me declaro desde hoy hermano de Guadalupe.

—¡La mano, teniente Quiñones!

Y aquel valiente soldado estrechó la mano encallecida de un amigo.

## XVI.

A las dos de la tarde de ese día, salieron cuatro viajeros del pueblo de Ario, dirigiéndose al Sur de México por el camino real, llevando una mula cargada de efectos de lencería,

--Me ha dado en el corazón, decía Martínez, que no vuelva á ver á mi general Pueblita: es muy valiente para que viva mucho tiempo.

—Estos malditos franceses matan más que el cólera-morbo.

—También caen como espigas cuando nos *emparejamos*.

—¿Y no ha recibido usted noticia del coronel Fernández?

—Está con mi General Arteaga, peleando que da miedo.

—El general es muy desgraciado, se bate como un león, pero siempre lo derrotan.

—No hay dos patriotas como él. En Calamanda le he visto batirse personalmente con la caballería de los *mochos*; su pistola lo salvó de la muerte.

—Dicen que el coronel Salazar anda en la expedición.

—¡Qué franco es mi coronel! metido en sus botas federicas y con un paletó que parece tienda de campaña.

—¡Demonio! nuestras plazas principales están ocupadas por el enemigo, no nos queda ya más que la insurrección. ¿Y el señor presidente?

—¡Demonio! Don Benito tiene siete vidas como los gatos: en Guadalupe ya lo iban á fusilar, y se escapó por milagro: ahora le dispararon los soldados de Quiroga, y nada, amigo!

—El presidente les ha de dar una pesadumbre á los franceses.

—La suerte se encargó de vengarlo: en ese asunto de Gua-

dalajara, á los pocos días fusilaban á los que lo habían traicionado.

—Les hace *mal de ojo* á los que le tocan.

—Estoy seguro que es Quiroga y Vidaurri, caen en sus manos cuando menos lo piensen.

—Si con farol buscan otro más terco, no lo encuentran.

—Acuérdese usted lo que voy á decirle: dentro de poco lo vemos en el palacio de México, con el mismo fraque y el mismo sombrero que sacó el 31 de Mayo.

—Va lo creo, como que los franceses le tienen más miedo á la casaca negra que á un óbus de á treinta y seis.

--¿Y será cierto lo de los yankees?

—Amigo, el presidente se dejará matar, antes que comprometerse con los extranjeros: ya se empeñó en que hemos de ganar, y ello ha de ser quiera Dios ó no quiera.

—¿Y á usted le gusta el imperio, niña Guadalupe?

—Mi abuelita, respondió la joven, me contaba cuentos bonitos, en que había palacios, damas y caballeros, riqueza y príncipes, que me ha hecho pensar muchas veces en la monarquía.

El capitán Martínez soltó una franca carcajada.

—Como que tú has nacido para un emperador, alma mía, dijo á la joven.

—Tengo mucho deseo de ver á un rey.

—Eso me pasa siempre á mí, siempre que juego; pero siempre vienen primero los *caballos*, es mala carta.

—Se me figura, continuó Guadalupe, que no son como los demás hombres, que hablan muy poco y que siempre están sobre el trono.

—Eso depende, dijo el capitán, de que tú lo has visto nada más en el teatro.

—Es cierto, ese rey de Ana Bolena era cruelísimo, mandó matar á todas sus mujeres.

—No tenía mal gusto su majestad.

—¿Con que usted en resumidas cuentas es intervencionista?

—No, respondió Guadalupe, yo no quiero á los franceses; pero desearía que el señor Juárez se hiciera emperador.

—Estás diciendo un sacrilegio; si te oyera *Don Benito*, se reiría seis días seguidos.

—Puede ser, pero el barullo de este gobierno no gusta. En Ario he visto que han descalabrado al alcalde en las elecciones, y que un cervecero se hizo nombrar regidor, y eso que su cerveza nunca estaba fermentada.

—Pues esa es la democracia, la igualdad: ¿qué más de hacer escritos, poner recetas, que fabricar cerveza sin espuma?

Yo creo que la gente decente siempre es superior.



--Calla, Guadalupe, no ves que si eso fuera cierto, los que no son *decentes* serían esclavos de los señores.

--Pues yo quiero que cada uno se esté en lo que nació.

Todo el mundo debe tener aspiraciones, aunque lo descalabren como al alcalde de Ario.

## XVII

El sol había desaparecido en el ocaso, cuando nuestros viajeros llegaban al pueblo de.....

Un indio que llevaba à sus espaldas un tercio de leña se detuvo frente à la cabalgata.

--Padrecito, dijo al guerrillero, tú eres el capitán Martínez, no entres à la población, acaban de fusilar à tres zaragozas [republicanos] y si te conocen te van à matar; quédate en el monte y que entren los señores.

--¡Rayo! exclamó Martínez, esto si está malo, ¿y quién está en el pueblo?

--Los franceses, padrecito.

--¿Y qué tantos serán?

--Como muchos, padrecito.

--Yo entraré con la familia, dijo Quiñones, y usted, capitán, váyase por la vereda, mañana nos encontraremos.

--Entonces entren ustedes por este lado, estoy seguro que nadie reparará, voy à llamarles la atención.

## XVIII.

Sin esperar respuesta tomó el rumbo opuesto, mientras Quiñones se aproximaba con la familia à la garita del pueblo.

A los diez minutos se comenzaron à oír unos tiros de mosquete.

--¡Diablo! dijo Quiñones, el capitán hace su saludo à los franceses.

La pequeña guarnición se puso sobre las armas y acudió al lugar de los balazos.

Como la noche había cerrado y el capitán hacía violentos sus disparos, los franceses creyeron que se acercaba alguna guerrilla y comenzaron à tirar al acaso, fingiendo por su parte un combate para darse los honores del triunfo y cosechar un ascenso ó una cruz de la *legión de honor*.

--Ya han de haber entrado dijo el capitán, y poniendo, al cinto sus pistolas se internó en el monte.

Los franceses tomaron prisioneros à unos labradores que volvían de su campo, y al día siguiente los juzgaban como guerrilleros en la Corte Marcial.

A los pocos días anunciaban los diarios de la capital, que el guerrillero Martínez había aparecido por el rumbo de la Tierra Caliente con una partida de bandoleros, inquietando à las poblaciones adictas al imperio.

## CAPITULO QUINTO.

UNA LETRILLA DE GUILLERMO PRIETO.

## I.

La revolución seguía avanzando como el flujo de un mar de sangre.

Los hombres más prominentes eran asesinados cobardemente, como Llave y Comonfort, ó vagaban proscriptos huyendo de la traición que los entregaba atados en manos de los enemigos de la patria.

El personal del gobierno iba cediendo palmo à palmo el territorio, y los invasores le seguían de cerca para extinguir la antorcha de la legalidad y privar à la revolución trashumante de ese centro de unión que inquietaba el porvenir del imperio.

La declaración del archiduque Maximiliano de no aceptar la corona hasta que la mayoría del país se declarase en su favor, hizo más tenáz la lucha; pues cada pueblo conquistado era un voto en la ánfora de los notables, una firma más en la acta de 12 de Julio.

El diez de Abril de 864, el archiduque había recibido oficialmente à la diputación mexicana, que le presentó las actas de la mayoría de México, y declaró, que cumplidas las condiciones puestas el 3 de Octubre del año próximo pasado, aceptaba el trono de México y la reconstrucción del antiguo imperio de Moctezuma.